

Ventanas en la Memoria: recuerdos de la Revolución en la Frontera Agrícola, de Fernanda Soto Joya

¿Memoria crítica o complaciente?

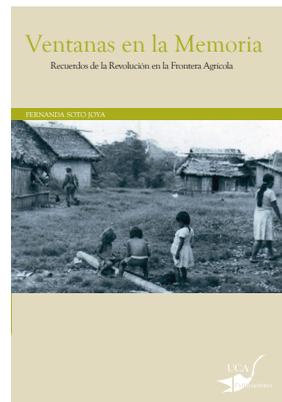
El uso político de la memoria en el debate actual sobre el sandinismo y el orteguismo

Carlos Fernando Chamorro

Gracias a Fernanda Soto por invitarme a comentar este libro porque me ha dado la oportunidad de detenerme a pensar, un ejercicio que suele ser escaso en estos tiempos, sobre todo para quienes vivimos inmersos en el medio periodístico que se mueve a un ritmo vertiginoso. Me ha permitido pensar y repensar sobre un tema que resulta ineludible en nuestros tiempos, como es la memoria de la Revolución Sandinista y sus implicaciones políticas para el presente.

Debo confesar que me sentí un poco intimidado al leer este libro, porque su autora como antropóloga profesional emplea una metodología muy diferente a la que usamos los reporteros. De los periodistas suele decirse que cubrimos todos los temas con la amplitud de un océano, pero con solamente una pulgada de profundidad. Es el caso del todólogo, del generalista, que salta de un tema a otro todos los días, o a veces varias veces en el mismo día, casi sin percatarse, y tiene que recurrir a la intuición y la observación aguda para no perderse en el camino.

Del método del antropólogo supongo que se puede decir que es todo lo contrario: algo así como una inmersión profunda en la realidad, en una comunidad, un sitio y un tema determinado, de alguien que se propone escarbar hasta llegar a cavar un pozo muy hondo, y analiza todas las capas de la realidad social y las relaciones entre la gente, con mucha paciencia y curiosidad científica. En efecto, este libro está basado en un trabajo de campo de varios años con los cooperativistas



y las comunidades campesinas en la zona de Siuna, en el que la investigadora se hace bastantes preguntas sobre la memoria de la Revolución en la vida cotidiana, pero sobre todo tiene una extraordinaria capacidad de escuchar, que es otra de las cualidades de que muchas veces carecemos los periodistas. Y todo eso lo combina con una reflexión teórica rigurosa, que le permite analizar eso que llama “el uso político de la memoria”, y en particular la manera como estas comunidades campesinas viven las emociones y sentimientos que se generan a partir de su propia vivencia en la Revolución Sandinista.

Se trata, por lo tanto, de una investigación novedosa que tiene muchas implicaciones para explicar y entender la persistencia de ese fenómeno que ahora llamamos el “orteguismo”. Un fenómeno político masivo que con frecuencia ha sido simplificado, ya sea por desconocimiento, por la falta de un análisis crítico, o por la tendencia a asimilar en las prácticas de la cúpula dirigente, asociadas al pragmatismo, la corrupción y el verticalismo autoritario, con las de la mayoría de la gente que sigue aferrada a sus banderas políticas.

Ventanas en la Memoria es un texto escrito con rigor académico y al mismo tiempo con la intención de incidir en el debate político actual, pero sobre todo refleja de principio a fin una gran honestidad intelectual. Y por lo tanto, como mínimo merece leerse con respeto por quienes no estamos involucrados en los debates profesionales de la antropología. Al menos así lo leí yo y debo decir que su lectura me capturó desde la primera línea, que bien pudo haber sido el comienzo de una novela porque empieza diciendo: “Tengo un gusto por los cuentos que nació gracias a la imaginación de mi madre”. Pero también me resultó un poco difícil de leer y entender, pues me hizo girar a través de muchos argumentos circulares, llevándome de un punto a otro, entre anécdotas, vivencias, reflexiones, sin que yo pudiera en esta amalgama de verdades, llegar a mi propia verdad conclusiva.

Por eso quiero aprovechar que su autora me ha invitado a reflexionar sobre este libro, para abusar de ustedes haciendo gala de mi deformación profesional como periodista, y más que comentarios o conclusiones, quiero lanzar a Fernanda algunas preguntas que me surgieron de la lectura de *Ventanas en la Memoria*. Tengo muchas preguntas, pero voy a resumirlas en cuatro puntos y aunque quizás van más allá de los alcances de este libro, espero que sirvan para animar la discusión.

Lo primero es cuáles son los mecanismos de reproducción de la memoria y cómo funcionan e interactúan con la realidad. Cuál es la incidencia en esto de la transmisión oral, generacional, y cuánta incidencia tiene el proceso que conduce la dirigencia política, a través de sus discursos y sus aparatos de propaganda, y la propia lectura que hace la gente de la realidad

Recuerdo que en los años 80, cuando estuve involucrado directamente en el aparato de comunicación y propaganda del FSLN, había una orientación de trabajo que tenía tres ejes de pensamiento: el primero era el discurso de los dirigentes sobre los objetivos, las metas y las tareas de la Revolución, para movilizar a la población; el segundo era el sustento ético, moral, histórico, en la memoria, en Sandino, Carlos Fonseca, los símbolos, los héroes de la Revolución, sobre quienes se escribieron unas biografías que el poeta Erik Blandon, que ahora está muy metido en el tema de estudios culturales, criticaba porque decía que eran más bien estereotipos, gente sin defectos, y no como las personas normales de carne y hueso; y el tercero, era

la muralla contra la que nos estrellábamos todos los días los que intentábamos hacer periodismo, y se derivaba de las contradicciones de la realidad, sobre todo después de la primavera de la Revolución, de sus primeros tres años de liberación y de grandes proezas. Y estoy hablando de la dureza de la guerra, el dolor de la muerte, la destrucción, el militarismo, el servicio militar, la escasez económica, la hiperinflación, los enormes desequilibrios macroeconómicos, el maniqueísmo político, de un mundo dividido entre buenos y malos que después resultó que habían muchas zonas grises y las dos partes del conflicto tenían que negociar, dialogar y hasta reconciliarse. De la resultante de esos tres vectores, el discurso, la historia oficial, y una realidad contradictoria, quedó un país dividido en 1990, y memorias contradictorias.

Mi pregunta es cuáles son los principales mecanismos de reproducción de las memorias en esta larga transición política, primero, y ahora en esta nueva etapa del gobierno presidido por Daniel Ortega. ¿Es posible identificar esos mecanismos en el proceso de asimilación de esa versión de la historia que hoy está ocurriendo de forma masiva y acrítica con una nueva generación de jóvenes que respaldan decididamente al comandante Ortega?

Lo segundo es que eso que en este libro se llama memoria de la Revolución, esos valores, aspiraciones, vivencias, símbolos y estructuras sentimentales, me parece que forman parte de lo que generalmente conocemos como cultura política. Y al menos yo siempre he pensado que la cultura política no es completamente autónoma, no depende exclusivamente de la prédica de valores o creencias como la religión, no es un acto de fe, sino que se modifica en base a la práctica política, a las correlaciones de fuerza, y a las crisis que se dan en el ejercicio del poder y de las instituciones.

Para poner un ejemplo, una persona puede tener un comportamiento democrático, no como resultado de una prédica de valores sino porque aprende a gestionar sus derechos participando a nivel local. Y también un dirigente autoritario puede tener un comportamiento democrático cuando se ve obligado por una correlación de fuerzas, cuando no le queda de otra que aceptar el resultado adverso de una elección, o cuando se ve obligado a ceder una cuota de poder en una negociación.

La pregunta es, en este estudio de la memoria de la Revolución en la frontera agrícola, si es posible plantear una hipótesis sobre cómo ha evolucionado la cultura política del sandinismo en la época de la transición, o en eso que el discurso oficial llama la pesadilla neoliberal -es decir fuera del poder- y bajo al gobierno actual -en el poder-. ¿Hay una relación entre memoria política y cultura democrática y construcción de ciudadanía? ¿Se puede construir una cultura democrática en un proceso que privilegia el clientelismo y el debilitamiento de prácticas de construcción de ciudadanía?

La tercera pregunta tiene que ver con uno de los temas más fascinantes que se abordan en este libro y es la crítica de la memoria como apología del pasado, o de la falta de una visión crítica de la historia, y peor aún, la utilización de esa visión acrítica como un mecanismo de manipulación política. Y la pregunta es: ¿Por qué se genera esa resistencia tan fuerte para no tener una visión crítica de la historia de la Revolución? ¿Es un mecanismo de sobrevivencia política, porque la gente no tiene otra alternativa política a la cual recurrir para lograr seguridad y protección? ¿Cambia

esta actitud acrítica, cuando las personas, en este caso los sandinistas de base, cuentan con un mecanismo autosostenible de mayor autonomía, o es simplemente una cuestión subjetiva? ¿O acaso se trata de un mecanismo de acomodamiento con el poder, ahora que esa entidad que se llama Frente Sandinista, ha regresado al gobierno?

Y también habría que preguntarse, porque este libro lo menciona, por qué la crítica de la Revolución no desde la derecha sino desde dentro del sandinismo no ha logrado echar raíces masivas profundas y generar otra clase de cultura política revolucionaria y democrática.

Y hay que recordar que a inicios de los años 90, desde la primera Asamblea de Cuadros del FSLN en El Crucero a mediados de 1990 y luego el primer congreso en 1991, y el segundo congreso hasta 1994, hubo una autocrítica oficial sobre el modelo político de los años 80 en la que se admitía la existencia de un proyecto democrático popular, con un modelo de poder total que era intrínsecamente autoritario. Y se reconocía que en Nicaragua no solamente había habido una guerra de agresión, sino también una guerra civil, causada por los graves errores y el autoritarismo de la Revolución. Pero la verdad es que esta autocrítica nunca fue asumida integralmente por la dirigencia del FSLN en su conjunto, y por lo tanto no tuvo consecuencias políticas que pudieran derivar en una nueva lectura crítica de la historia, sino que desembocó en el debate de las corrientes del FSLN y la posterior división del FSLN, primero en 1995 y luego una segunda ruptura cuando se produjo el pacto Ortega-Alemán en 1999.

Entonces, aunque está claro que existe una visión acrítica de la historia de la Revolución, una memoria complaciente, que además es políticamente interesada, y que en esta nueva etapa del orteguismo con el monopolio absoluto de los símbolos del sandinismo, entra ya incluso a reescribir parte de la historia para exaltar un protagonismo omnipresente de Daniel Ortega cubierto por una aureola mesiánico religiosa, está menos claro por qué el discurso crítico de la Revolución desde el sandinismo, con sus distintos matices ideológicos, no logró tener eco, continuidad y mecanismos de reproducción masivos.

¿Acaso éste tiene que ver con la falta de coherencia de ese nuevo discurso, o simplemente con el hecho de que ese discurso se devaluó porque después de perder tres elecciones consecutivas, finalmente Daniel Ortega ganó la elección del 2006, aunque haya sido con menos votos que la última vez que perdió en el 2001?

Y la última pregunta está relacionada con las conclusiones de este libro y lo que podemos aprender de él. ¿Esta historia de las memorias de los cooperativistas de Siuna, responde a una particularidad de la frontera agrícola, o contiene verdades que se pueden extrapolar al resto del país, o al menos a las zonas rurales?

¿Es posible generalizar algunas de estas conclusiones, o tendrían que hacerse otros estudios de comunidades o sectores, como de la juventud, por ejemplo, para entender como funciona la memoria política en el sandinismo?

Espero que estas no sean preguntas necias, y que por lo menos contribuyan al debate que tanta falta hace en este país.

Mi reconocimiento a Fernanda Soto por su trabajo y desde ahora estamos esperando su próximo libro.